

Biografía del autor: Matías Rodrigo Palavecino nació en Goya, Corrientes, Argentina, el 24 de enero de 1987, se graduó como Profesor de Enseñanza Media y Superior en Lengua y Literatura en el Instituto Privado Superior “Presbítero Manuel Alberti” y actualmente se desempeña como docente en su ciudad natal. A los 16 años comenzó a escribir sus primeros relatos en la ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, lugar donde descubriría su pasión por la literatura. Es autor del libro de cuentos de terror fantástico, *Cuando los ojos ven lo que no deben* (Autores de Argentina, 2017) y del libro de cuentos de realismo psicológico, *Bajo la piel oculta* (Alción Editora, 2019).

ISBN: 9789876468091

LA RISA DE LA HIENA

Por Matías Palavecino

Cuento perteneciente a la obra *Bajo la piel oculta*

Al lado de una *boutique*, ignorada por la clase social alta y conocida para las demás, estaba el departamento donde viví casi tres años y medio, justo en el centro de mi pequeña ciudad. Ese fue el escenario de un crimen que en pocos días pasó a formar parte de los archivos policiales irresueltos, para después olvidarse.

Al principio, yo estaba cómodo y era feliz, pero todo eso se terminó cuando llegó la nueva inquilina. La odié desde la primera noche, un miércoles. A partir de entonces mi vida cambió. A diferencia de los demás, nunca pude olvidar aquello; su recuerdo persiste y golpea mi mente con fuerza.

El día que ella llegó, llamó a mi puerta y se presentó como María Eugenia.

—¿María Eugenia qué? —le pregunté secamente con la puerta entreabierta.

Ella se sonrió mostrando su deslumbrante dentadura. Era una adolescente y toda ella desbordaba energía. Jugando con su largo cabello negro me contestó, riéndose.

—¡Hernández!

Casi me reventaron los tímpanos con sólo oírle reír. Como estuve a punto de desfallecer del dolor de cabeza que inmediatamente me nació, obré lo más rápido posible para echarla.

—Soy Ramiro. Bienvenida —y le cerré la puerta en la cara.

Ahí hubiese quedado todo, ella seguiría con su vida y yo con la mía. Pero las cosas, al parecer, ya estaban marcadas por un ente superior.

Luego de la medianoche, mientras yo estudiaba tranquilo Historia del Arte, empecé a oír una vibración que paulatinamente se multiplicó e intensificó. Miré hacia arriba puesto que desde el departamento superior provenían esos gritos y risas que iniciaban la bienvenida de mi vecina.

Quise recuperar la concentración en mi libro, mas no lo pude lograr. Miré el reloj de pared de la habitación, las 2. 45 AM. Hasta qué hora pensaban seguir con la lujuriosa fiesta, me preguntaba. No pude más. Salí de mi alquilada propiedad contratada desde comienzos de ese año y subí las escaleras. Le golpeé la puerta tan fuerte que casi la echo abajo.

—¿Sí? —dijo ella muy alegre al atenderme.

Me di cuenta de que no tendría más de dieciocho años. Estaba ebria y con el maquillaje corrido. Como la puerta estaba bastante abierta, la música me llegó como un viento gélido que me ensordeció. Pude ver, antes de contestar, que dentro se desarrollaba una tremenda celebración donde había, mínimo, quince personas. La mayoría eran hombres de más de veinte años.

—¿Podrían poner un poco más bajo...?

—¡¿Qué?! —me gritó la sorda.

Tuve deseos de entrar y echarlos a todos, pero no lo hice porque estaba claro que no terminaría bien. De todas formas, aquello no acabó bien. Ante mi insistencia, la maleducada pantera encendió un cigarrillo, me injurió de arriba abajo y cerró la puerta.

Al día siguiente, hablé con la dueña del edificio. La muy desgraciada me dijo que comprendiera, que sólo se trataba de una jovencita que venía de un pueblo cercano a estudiar en una universidad de la ciudad.

Así conviví con aquella salvaje ruidosa tres meses. Casi todos los días hacía “reuniones de estudios” en donde la música, el canto y las prolongadas charlas se extendían hasta el amanecer. Sin embargo, lo más horrible para mí era escucharla reírse. Hasta mis cuadros temblaban de sólo sentir aquellas estridentes carcajadas. Era como una conglomeración de uñas pasadas por un pizarrón, un tenedor rascando un plato y un chillido de rata; algo inaguantable.

Me habré quejado dos o tres veces con la propietaria de los departamentos, pero siempre me daba excusas sin sentido. Si no era el cumpleaños de una de las compañeras de María Eugenia, era una evaluación aprobada o una reunión de estudios.

Ya no podía estudiar, andaba mal en casi todas las materias, no podía dormir, me desvelaba constantemente, cada vez tenía menos apetito, menos ganas de levantarme en las mañanas, menos ganas de volver a mi departamento... menos ganas de vivir... con ella.

Una noche de sábado, día de la desgracia más avivada porque según la dueña era el día en que María Eugenia se podía divertir libremente, ocurrió la tragedia. Mi vecina llegó sola hablando por teléfono celular y, entre risas escandalosas, subió las escaleras. Yo estaba estudiando para un examen que debía dar el lunes a primera hora. No sabía mucho por lo que estaba histérico además de nervioso.

Cuando la oí decir que esa noche no saldría a bailar y que tampoco tenía ganas de reunirse porque estaba con su período menstrual, me alivié considerablemente, tanto así que quise reírme, pero la sola idea de hacerlo me recordaba a fuego vivo la desvergonzada risa de ella. Ella, quien era tan joven de edad y grande en experiencias que de seguro sus padres no sabían de las fiestas que su hija realizaba cuando debería estar estudiando, porque ni

siquiera a la universidad asistía y eso lo sabía muy bien ya que la controlaba para saber qué hacía todo el día. Reírse, eso hacía, y molestarme.

No obstante, mi muda alegría duró poco.

—¡No, chicas, ya les dije, me alquilé unas pelis recomendadas! ¡Dos comedias buenísimas!

Ahí casi me desmayo por el horror que se avecinaba. Toda la noche riéndose sin parar, pensé. No podía permitirlo.

A las 11. 56 PM, luego de ducharse, empezó el aullador concierto. Traté con todas mis fuerzas de tolerarlo. Esas risas cada vez eran más y más, una cascada de risas largas y agudas como agujas que se clavaban en mis oídos. Mi mente iba a estallar. Ese dolor de cabeza, que día tras día fue creciendo y empeorando, me llevó a un ataque de esquizofrenia.

—Por eso le digo, oficial —le dije a uno de los policías que me interrogó—, yo no sentí ruidos extraños, ni gritos inusuales.

Los uniformados entraban y salían, los peritos tomaban fotos y la dueña lloraba como llora una madre al ver el cadáver de su hija.

—¿Conocía a la inquilina, señor González?

—No, para nada. Nunca tuve trato con ella, ni siquiera llegamos a presentarnos —contesté descaradamente—. Sólo le puedo decir que se reía como una hiena.